

abandonaba la corte castellana, llamóle á ella de nuevo su protector y amigo *Fr. Juan Perez*, Prior del Monasterio de la Rábida, que supo adivinar al grande hombre, y que apoyándose en el valimiento del Tesorero Alonso de Quintanilla, y de Luis de Santángel, Receptor de las rentas eclesiásticas de la corona de Aragon, supo interesar á la Reina, ponderando en su presencia las probabilidades del éxito de aquella temeraria empresa, y los beneficiosos resultados que de ella debian esperarse tanto para la Religion en las ignoradas regiones propagada, quanto para el engrandecimiento y gloria de la Monarquía española.

Naturalmente accesible á toda gran concepcion, Isabel dejóse fácilmente conmovier por los elocuentes persuasivos argumentos del ilustre navegante, á quien admitió á su presencia; y á tal punto llegó su entusiasmo, que para subvenir á los gastos de la expedicion, sin esperar á que el Tesoro se aliviase de las cargas de la guerra, quiso empeñar sus propias personales joyas. Evitóla *Santángel* el tener que valerse de tan extremado arbitrio, prestando el dinero á Colon necesario que ascendia en suma á cuatro mil doblones, ó sean próximamente diez y seis mil pesos fuertes de nuestra actual moneda.

Una vez dueño de aquella insignificante cantidad invirtióla Colon sin perder tiempo en equipar su escuadrilla, compuesta de las tres famosas históricas caravelas, y el dia 3 de Agosto de 1494, después de haber confesado y comulgado en el Monasterio de la Rábida, hizose á la vela, con ochenta hombres de tripulacion, partiendo del puerto de Palos de Moguer, en busca del Nuevo Mundo que iba á ser para el antiguo un manantial de riquezas y de científicos descubrimientos, mas fecundo de lo que era entonces posible preveerlo.

Todo pues parecia, dentro y fuero del reino, sucederles á Fernando é Isabel á medida de la ambicion y del deseo, cuando una pérdida cruel, vino á llenar de luto su brillante corte, arrebatándoles la mas querida de sus esperanzas. La muerte agostó en flor al primogénito de los Reyes Católicos, *D. Juan*, Príncipe de Asturias, que vivió solos diez y nueve años; y algunos meses despues (1497) sucumbió tambien su hija Doña Isabel, Reina de Portugal, al dar á luz un Infante, que á su vez en 1500, fué á reunirse en la tumba, con la madre á quien habia costado la vida, la brevisima que le tocó en suerte. De entonces hizose objeto predilecto de la ternura y cui-

dados de Isabel y *D. Fernando*, la Infanta Doña Juana, dos años hacia casada ya con el Archiduque Felipe de Austria, hijo del Emperador Maximiliano, y Gobernador de los Paisés Bajos. Ambos esposos cediendo en 1502 á las vivas instancias de los Reyes Católicos, dejaron á Flandes y trasladáronse á España, donde en Toledo las Cortes de Castilla á 22 de Mayo, y en Zaragoza las de Aragon á 28 de Setiembre, les reconocieron y juraron á ellos y sus naturales sucesores por legitimos herederos del trono de aquellos reinos.

La gloria de sus armas consoló por un momento á *D. Fernando* de sus pesares domésticos: Gonzalo de Córdoba con la victoria de *Cerinola* aseguró en las sienas del Rey de España la corona de Nápoles: mas poco tardó la suerte en acibarar aquel triunfo con mayor desdicha que las anteriores. No habia, en efecto, Doña Isabel hallado, como su esposo, una saludable distraccion á los dolores del alma en el éxito afortunado de sus políticas empresas: era madre, y al pesar inmenso de la pérdida del Principe de Asturias primero, y de la Reina de Portugal mas tarde, agregóse para acabar de rendirla al peso del infortunio, el miserable estado en que veia á su hija Doña Juana. Esta naturalmente exaltada y de razon flaca, enamoróse perdidamente de su marido, *Felipe el Hermoso*, que infiel ó por lo menos indiferente, acabó por hacer que el juicio perdiera la infeliz Princesa. Con fundamento pudiera la Reina Católica lamentarse de que sus pesares de Madre, igualaban ya que superiores no fuesen á sus glorias de Reina (1): mas aunque resignada con la voluntad del cielo suprimiese toda queja, acabaron las penas por destruir del todo su constitucion ya minada por una enfermedad orgánica efecto de su excesivo ejercicio á caballo. A la edad de cincuenta y cuatro años falleció Doña Isabel en el de 1504, á 26 de Noviembre, tan justa como amargamente llorada por la universalidad de sus súbditos, tanto por su talento como por su virtud, y no menos por su carácter que por su grandeza. Ella con su dulzura, su generosidad y su clemencia, supo templar los férreos rigores del insensible *D. Fernando*; ella fué siempre

(1) Así es la verdad: los dos primeros hijos de la Reina Católica murieron en temprana edad: Doña Juana loca y enclaustrada; y la mas que todos ellos infeliz Catalina, esposa repudiada de Enrique VIII de Inglaterra en destierro, en abandono y pobreza. (N. del T.)

protectora del saber y del ingenio; ella sola se resolvió á dar aliento con su liberalidad á las empresas de Colon; y la historia ha unido para siempre su nombre al descubrimiento del Nuevo Mundo, y á las hazañas del Gran Capitan, como á la conquista de Granada con que gloriosamente coronó la unidad española.

Tanto los autores de Isabel contemporáneos como los personajes mismos de su corte, hanse felizmente deleitado en dejarnos muy al por menor escrito el doble retrato, moral y fisico, de aquella ilustre y santa Señora que supo ser al mismo tiempo acaso el mas grande de los Reyes de España. — «Era la Reina (nos dicen) de mediana estatura, pero admirablemente » proporcionada de miembros y facciones. La indecible elegancia de sus » formas no parecia cosa de la tierra; tras de la flexibilidad de aquel gracioso cuerpo ocultábase la insólita fuerza de sus músculos; y la magestad » sola de su porte bastara á revelar quién era, cuando no hubiese hasta » en sí andar mesurado ún aire de autoridad irresistible. Eran sus cabellos, largos y sutiles, de la color del oro y refulgentes; mate la blancura » de su tez que en el rostro arrebolaban rojas y frescas tintas. Admirábase » en sus ojos aquel raro matiz que del azul pasa al verde trasparente; y » la lucidez de su mirar, animado por la expresion de su penetrante agudeza, bañaba, por decirlo así, en nitida luz aquellas mejillas, en las » cuales no bastaron á extirpar las rosas, ni las tareas de la Reina, ni la » fecundidad de la madre. Castamente cerrados, ocultaban sus labios, la » belleza y perfeccion de una blanca dentadura; entrambas sienas ocultaban á medias sendas trenzas de su dorado cabello los lineamentos de » las orejas, no pequeñas, pero si bien contorneadas; y en suma, la serenidad de su alma respiraba en la púdica gracia de aquella figura, en la » cual el vigor de la expresion se unia á la belleza de la forma. — Y no » consistia la hermosura de Isabel tanto en la regularidad de las facciones, ó en la magia del colorido, como en la pureza de aquel conjunto, » tan armónicamente análogo á la tranquila expresion de los pensamientos que la animaban. Fué la Reina siempre por su esencia, un modelo » angelical de constancia y de castidad perfecta: por eso aquellas facciones en que iba, por decirlo así, impreso el sello de su alma, parecian no » ser mas que su exterior revestimiento, y tenian poco que temer de los

» estragos del tiempo. Así se explica cómo al perder la juvenil frescura, » y con ella la voluptuosa morbidez de los párpados, la viveza de los colores, la floreciente armonia de los contornos que son el universal encanto » y el comun secreto de la belleza en las mugeres, nada perdió Isabel de » su gracia, siendo toda la diferencia que la gracia con el espíritu madurase juntamente.

« Al prestigio de la juventud iba insensiblemente sustituyéndose el » de la Magestad; el poder de dominacion no se alteraba. — Revelábase en la correccion y firmeza de sus actitudes, lo enérgico de su existencia y el heroico temple de su carácter; su voz sonora y de claro » timbre, era en fin clara y firme como su razon. La Reina Católica, en » resumen, con razon llamada por M. de Montalambert, *la mas noble criatura que jamás reinó sobre los hombres*, era un tipo maravilloso » de perfeccion y de gracia, tanto en la belleza plástica, como en las raras » prendas de su corazon y de su entendimiento. »

Oigamos ahora al bueno del Cura de los Palacios, Andrés Bernaldez, exclamar, en su crónica manuscrita, lleno de cándida y piadosa admiracion: « ¿Quién podrá enumerar las perfecciones de aquella cristianísima » bienaventurada Reina, digna como ninguna de perpetua alabanza? Ella, » prescindiendo de su castidad por excelencia y de su noble origen, supo » hallar en las muchas y buenas dotes que á Dios plugo otorgarle, medios » para exceder y eclipsar á cuantas Reinas fueron antes, no solo en España, » sino en el mundo entero! » — Bajo el aspecto de la fe, compárala con Santa Helena, madre de Constantino; recuerda su celo por la Iglesia, su reforma del clero y de las órdenes religiosas, su piedad sincera, su veracidad íntima, su lealtad política, su sumision á los mandatos de su real esposo, su munificencia con templos y monasterios; llámala, en fin, la segunda Santa Isabel (1). Primero trata así el coronista de las virtudes de la Reina, y solo después se ocupa en describir la belleza de la muger, sus admirables proporciones, su noble continente, y su inimitable apostura.

(1) Nunca hemos acertado á explicarnos todavía cómo la Iglesia no ha canonizado á la Reina Católica, siendo tantos y tales sus servicios al catolicismo, á la cristiandad, y sus virtudes tan grandes y resplandecientes, que ni la calumnia misma osó nunca mancharla con la sombra de una sospecha, ó con el amago de una acusacion. (N. del T.)

Obispos y religiosos, que son los mas acreditados historiadores de aquella época, agotan las fórmulas de la alabanza para celebrar áquella incomparable muger á quien llaman « cifra de la felicidad de las Españas, suma » del honor nacional, y compendió el mas bello de todas las virtudes. Mas la autoridad misma de tan graves testimonios palidece ante la del hombre verdaderamente extraordinario, que conservó su amor á la pobreza en la cumbre del poder y de los honores, sin dejar por eso de ser un gran Prelado español, gran Cardenal de la Iglesia, gran Ministro en lo político y hasta gran Capitan en los campos de batalla : del sabio Franciscano, Fr. Francisco Gimenez de Cisneros.

Aquel hombre mas que ilustre, en efecto, después de referirnos todas las sublimes prendas que en la Reina concurrían, todas las virtudes de « un alma que con admiracion reverenciaba ; » nos dice terminantemente, « que nunca en los orbes de nuestro sistema planetario, alumbró el sol » criatura que á Doña Isabel se igualara ; » y no hay para qué encarecer de cuánto peso sea tal afirmacion pronunciada por un hombre que habia con la Reina gobernado á España, siempre segun sus miras y obedeciendo á sus órdenes, asistiéndola con sus consejos, escudriñando los secretos de su conciencia, y conocido por tanto, así el fervor de su piedad y la pureza de sus intenciones, como la prodigiosa profundidad de sus miras políticas. Con los años la virtud creció en ella de punto, ennoblecióla el dolor, y los padecimientos la consagraron.

Viva personificacion del espíritu caballeresco de su nacion y de su época, supo Isabel mas que ninguna otra muger sobre el trono, unir la sinceridad de la fe á la mesura de la prudencia, realizándolo todo con la lealtad mas acrisolada. La bendicion del Cielo santificaba con evidencia todos sus proyectos, sus actos todos, justificando con el éxito mas completo sus nobles empresas. Viósele así extender los límites de sus Estados hereditarios, que encontró al subir al trono en abyeccion profunda, y dejó al morir figurando entre las potencias de primer orden. Dios, suscitando en torno de ella y para servirla, altas capacidades y ministros de lealtad sincera, permitió sin embargo que su propia personal sabiduría sobrepusiera á la de sus ilustres consejeros.

Por Isabel fué consumado el hecho culminante del XV° siglo : la expul-

sion de la Media Luna del continente occidental de Europa ; y con Isabel tambien realizóse el mas prodigioso de los acontecimientos de la historia humana : el que duplicando su terrenal dominio, centuplicó el horizonte de sus científicas investigaciones.

La Reina en su testamento nombró á D. Fernando de Aragon tutor de su hija Doña Juana, incapaz por su estado mental de ejercer el gobierno ; mas para darle todavia á su esposo otra prueba mas de su conyugal afecto, si no para estimularle á que en memoria y agradecimiento de tales beneficios ejerciera con mas tierna solicitud la tutoría, lególe á mayor abundamiento la mitad de los rendimientos que de las Indias Occidentales se obtuvieran, y las rentas enteras de los grandes Maestrazgos de las Ordenes Militares recientemente incorporados todos á la Corona.

Nadie como Colon debió llorar la muerte de Isabel, ocurrida precisamente cuando el inmortal navegante terminaba su tercera expedicion, cuyo resultado fué el descubrimiento del continente americano. A su regreso á España, de una parte redobló la furia de la persecucion de sus enemigos, y de otra encontróse sin el único escudo bastante poderoso á preservarle de aquellos envenenados tiros ; porque de D. Fernando ¿qué habia de esperar Colon, cuando el Rey siempre le habia rehusado su apoyo hasta entonces ? — Los pesares y la ansiedad acabaron de minar una vida casi toda ella pasada en luchar contra los elementos, contra la ignorancia, contra el malquerer y la ingratitud de los hombres ; y el 20 de Mayo de 1506, fiesta de la Ascension, á mediodía, en su posada de Valladolid, el que nos reveló el Nuevo Mundo, postrado en el lecho del dolor, asistido por algunos religiosos franciscos, y rodeado de sus dos hijos y de siete oficiales de su casa, entregó su alma á Dios, mostrando en los últimos instantes de su existencia la misma grandeza de alma y los mismos sentimientos religiosos que le distinguieron en toda ella. La muerte del hombre que habia duplicado los ámbitos de la tierra, no pareció dejar en ella ningun vacío, no dió lugar siquiera á la pública tristeza. La ciudad en que tuvo lugar, presencióla impasible ; mas indiferente aun el resto de España ; y fuera de sus límites permaneció ignorada. Antes que su última hora para él sonase, ya aquel hombre extraordinario estaba en el mas completo aislamiento ; así su salida del mundo no causó

sensacion, ni menos fué como una gran pérdida considerada ; así dejó de ser oscuramente el que habia hecho don á la España de la mitad del globo, sin que hubiera para él ni honores, ni oracion fúnebre, ni monumento, ni epitafio.

No hubiera podido D. Fernando, apesar de toda su habilidad, gobernar á los últimos Castellanos, sin el auxilio del confesor y ministro de Doña Isabel, el célebre Cardenal Jimenez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, en quien Castilla admiraba un gran político, reverenciando al mismo tiempo un Santo.

Del claustro humilde de San Francisco sacóle el primer Arzobispo de Granada para dárselo por confesor á la Reina, en cuya corte fué grande la sensacion que al aparecer produjo aquel hombre del desierto « cuyo pá- lido rostro y austero continente recordaban á los Pablos y los Hilariones. » Nunca, en el seno mismo de las grandezas, se apartó de la rigurosa observancia de la estrecha regla de su orden : á pié caminaba mendigando el sustento ; y nada menos que un formal precepto del Papa fué necesario para que aceptase el Arzobispado de Toledo, y viviera, en lo exterior al menos, como lo requerian la elevacion y opulencia de la sede primada de las Españas. Aun así, resignóse á vestir la púrpura archiepiscopal, mas bajo de ella ciñó siempre á sus carnes el grosero sayal de Francisco ; y si en su cámara consintió que figurase un magnífico lecho de aparato, nunca reclinó el cuerpo mas que en la desnuda tarima propia de la celda de un cenobita. Vida tan humilde como austera fortificó en él naturalmente la altiva perseverancia de carácter con que supo humillar el orgullo de los Grandes, obligándoles, no obstante su despecho, á que admirasen la resolucion indomable del que así los vencía.

Olvidaban los Castellanos que á D. Fernando obedecian, viendo renovarse el heróico espíritu de la gran Reina que lloraban en Cisneros, merced á quien los últimos años del reinado de aquel Principe, fueron laureados con las conquistas de Navarra y Berbería. Para reprimir las correrías de los Africanos que infestaban las costas de España, el Cardenal propuso, pagó y condujo en persona una expedicion contra Oran, lugar, entre otros, donde seguro asilo hallaban los piratas. La toma de aquella ciudad, que en presencia del mismo Cisneros conquistó el célebre Pedro

Navarro, inventor de las Minas, y luego Conde de Veirito, produjo la rendicion de Trípoli, y la sumision de Argel, Túnez, y Tremecen. Dos años despues la reunion de Navarra, de cuyo trono arrojó D. Fernando á Juan de Albret, completó en fin la unidad española. Pero la muerte que nada respeta atajó el curso de tantas prosperidades hiriendo al Rey en la villa de Madrigalejos, á los sesenta y cuatro años de su edad el dia 23 de Enero de 1516. Su cuerpo fué sepultado juntamente con el de la Reina Católica en la capilla de la Catedral de Granada, que al intento habian ambos mandado edificar.

Fué D. Fernando V el mas consumado y feliz político de su época ; mas aun así debióle mas á su incomparable esposa que á sí mismo el haber enriquecido los anales de España con el mas glorioso de los reinados cuya memoria en ellos se conserva : tan glorioso, que ni el siguiente acertó á eclipsarle á pesar del brillo con que en la historia resplandece el gran nombre de Carlos V.

AUGUSTO DE GENRUPT.

